

PURISMO Y CASTICISMO

Por Miguel A. Piantini

Y no pocos se dedican a la prédica formal, bajo uno u otro rótulo, de que la casticidad es regresión, la pureza estancamiento y, en síntesis, que sólo hablando mal hablaremos bien. (Arturo Capdevilla, Despeñaderos del Habla).



'PURISMO' y 'casticismo' son voces sinónimas, y como tales, coinciden en alguna que otra connotación, pero difieren en otras, y en esta discrepancia estriba el 'quid' del uso, acertado o no, de estos sinónimos.

'El purista', lo mismo que su afín la 'pureza', apunta a lo "exento de toda mezcla", como lo define la Academia, y hace gala, por lo mismo, de respeto a la integridad e inalterabilidad de los caracteres originales de la lengua. No admite el purista fácilmente modificación alguna en éstos. Tal apego a la fijeza y a lo invariable, tan contrario a ese instrumento vivo y dinámico que es una lengua, es lo que hace que el purismo y los puristas sean un vicio y unos viciosos, respectivamente.

'El casticismo' y el 'escritor casticista', en cambio, no hace tan empecatado hincapié en la fidelidad al origen, al patrón, al esquema reputados sagrados e invariables por el purismo y los puristas. Respeta dicho origen, que tiene para él función normativa indispensable, pero sabe que las lenguas son instrumentos de comunicación entre los hombres; y, al par que éstos, cambian sin cesar con el discurrir del tiempo, y cambian porque 'viven', y porque 'viven' se las llama 'lenguas vivas'.

El griego y el latín yacen inertes en las obras de Parménides, Aristóteles, Platón, Sófocles, Terencio, Cicerón, Lucrecio; inertes, invariables, siempre iguales a sí mismos. Por ello decimos que tales lenguas están muertas. Mas, téngase bien presente que nos referimos al griego y al latín de los clásicos citados, porque el latín y el griego coloquiales siguieron viviendo por los siglos de los siglos hasta rematar, el primero, en nuestras lenguas romances; y el griego, en el griego actual.

El calificativo de 'muertas' que aplicamos a las lenguas que ya no se hablan, es una abstracción, una delimitación que no responde a una realidad objetiva. El latín y el griego y hasta el sánscrito, perviven en nuestras lenguas vivas, en nuestros cambiantes idiomas de hoy, gracias a las sucesivas transformaciones que comportaron en su estructura y su semántica a través de muchas centurias.

Y viven porque los hombres que las hablan vivían y tejían la historia, y con la historia, esa filigrana que se llama cultura; y ello los obligaba a modificar de continuo su vocabulario, su semántica y su sintaxis: a la medida en que el hombre se 'culturizaba', si se me perdona el neologismo, se transformaba hondamente, y en esa misma medida cambiaba la lengua que le servía para comunicarse con sus semejantes. Las lenguas viven porque son el fruto de la 'vida' del hombre. Cuando llamamos 'muerta' a la lengua, ya la 'cultura' que la engendró yace, como esas de los siglos que exhuman los arqueólogos, debajo del polvo.

El purista afirma sin razón que nuestra lengua alcanzó su máxima perfección en el siglo XVI, y que hay que fijarla, o congelarla, como decimos hoy, con la forma que le dieron los autores de dicho siglo, llamados clásicos, sin ninguna alteración, salvo las que estén abonadas por la más estricta necesidad, como los nombres nuevos para los inventos a las cosas nuevas; y las innovaciones idiomáticas y sintácticas que se ajusten al lecho de Procusto de los usos (no normas, porque apenas las tenían) de los autores del siglo áureo.

El casticista tiene semejante afirmación por craso error — y la lingüística moderna le da la razón,—, puesto que eso de la

necesidad y demás zarandajas, si bien son cosas ciertas en principio, constituyen una imposición que tenemos que acatar, queramos o no; mas las lenguas gustan de transformarse, algún tanto 'caprichosamente', sin excesivo acatamiento a la lógica, ni mucho menos a la rigidez normativa. De aquí esas contradicciones desconcertantes, sin las cuales las lenguas serían ramas de las ciencias exactas, y que tanto abundan en ellas: sancionar y sanción, valen castigar y aprobar, significaciones encontradas; nimio, excesivo y escaso; herradura de hierro es literalmente un dislate, sin embargo de ser giro correctísimo en línea de lenguaje; y así, muchos, infinitos casos más.

Pero el casticista está convencido de que debe haber en las lenguas 'mecanismos de regulación', como en los organismos vivientes, a efecto de que los necesarios e inevitables cambios no produzcan a la larga tan profundas y perturbadoras modificaciones, que vengan a parar en corrupción y muerte de aquéllas.

Tales mecanismos existen y son bien conocidos. Se puede asegurar que consisten en 'acatar y respetar lo que le da forma, 'estilo' y 'personalidad' a una determinada lengua', diferenciándola cabalmente de cualquiera otra. La Real Academia Española tiene la difícil función de 'velar y vigilar esos mecanismos reguladores' función que, dicho sea de pasada, va cumpliendo con indudable eficiencia, a pesar de las censuras, irrespetuosas o comedidas, que se le hacen a cada paso.

En lo que antecede habrá advertido el lector la connotación, de que hablamos líneas arriba, que hace que difieran entre sí 'purismo' y 'casticismo', 'purista' y 'casticista'.

Purista y casticista coinciden en el celo por conservar la integridad material y espiritual de la lengua; pero en tanto que el purista interpreta dicho celo como acatamiento punto menos que ciego a los escritores llamados clásicos, porque, según él, ellos llevaron aquélla a su máxima perfección; el casticista lo interpreta como continua vigilancia en pro de su preservación y conservación, no como instrumento configurado y fijado ya de una vez para siempre, sino como sistema viviente que se

transforma sin cesar, siempre sujeto a esos mecanismos de regulación de que hablamos arriba.

El casticista no anatematiza los cambios de una lengua en nombre de una perfección ilusoria; por el contrario, los admite y promueve.

Resumiendo:

El purismo y los puristas son 'un vicio' y son 'viciosos', respectivamente, ya que pretenden convertir a los clásicos del 'seiscientos' en sagrados modelos que hay que imitar ciegamente, cosa que tan notorios y conspicuos forjadores de nuestra lengua nunca soñaron, y que rechazarían si pudieran resucitar.

El casticismo y el escritor castizo, o casticista, no incurren en semejante idolatría. Admira a los clásicos y los respeta, reconociendo que sin ellos lo habría lengua castellana o española, pero esa misma admiración y respeto le vedan endiosarlos hasta extremos reprobables.

Seamos puros y castizos hablantes y escribientes (no puristas). No otra cosa demanda de sus hijos nuestra hermosa lengua.